

# Anarquismo y Ecología

George Woodcock. Nació en 1912 en Winnipeg y se educó en Inglaterra.  
 Profesor en la Universidad de Washington y en la de Columbia  
 Británica, dirige la publicación Canadian Literature.  
 Ha publicado numerosos artículos y libros.

Con notable, incluso profética perspicacia, muchos anarquistas del siglo XIX y sus seguidores previeron los graves problemas sociales y del medio ambiente que ahora nosotros vemos claramente que son una consecuencia inevitable de la industrialización y el desarrollo. Tales anarquistas fueron, por tanto, los precursores de los ecólogos contemporáneos que hoy consideran que la destrucción y expolio del medio ambiente tienen más que ver con un

sistema social que ha avanzado patológicamente por mal camino que con medidas inadecuadas de conservación y control de producción. La mayoría de los anarquistas creían que el hombre debería vivir en estrecha armonía con los seres vivos compañeros suyos y su entorno. Puede decirse, por tanto, con bastante justificación, que los anarquistas fueron, en realidad, los primeros verdaderos ecólogos.

En 1899 el anarquista ruso Piotr Kropotkin, exiliado en Londres, publicó su *Campos, Talleres y Fábricas*, un libro que debiera ser, si no lo es ya, uno de los textos canónicos de la tradición ecológica. En *Campos, Talleres y Fábricas*, Kropotkin se ocupaba de muchos problemas que conciernen hoy al ecólogo. Le inquietaba la centralización de la población e industrias en grandes, insanas aglomeraciones: se sentía preocupado por el gasto inútil tanto de la producción industrial como agrícola de su tiempo, y calculaba que utilizando medios convenientes para conservar la fertilidad, Inglaterra podría autoabastecerse agrícola y ganaderamente; creía en la integración del trabajo y la educación, de forma que la formación en mecanismos productivos diese al aprendizaje académico una base en la realidad de la acción social; creía asimismo en la integración de la agricultura y la industria, de modo que pudiesen ser diseminadas pequeñas unidades de producción por el campo y que ningún trabajador necesitase sentirse aislado de la vida rural o de lo que subsistía de terreno salvaje. Patrick Geddes, Lewis Mumford y otros destacados precursores del movimiento medio-ambiental contemporáneo han reconocido su deuda considerable fren-

te a Kropotkin, y las propuestas de Mumford para una descentralización a gran escala en *Técnica y Civilización* eran poco más que Kropotkin más electricidad.

A menos que el Oxford English Dictionary que tengo me engañe, cuando primero fue reconocida la ecología como una rama de la teoría científica fue en los años de 1870, la década en la que Kropotkin se convirtió en anarquista y desarrolló sus teorías del comunismo anarquista (expuesto más profundamente en *La Conquista del Pan*, 1906). Estas teorías derivaban básicamente de cambiar la tendencia hacia la centralización política y económica que se había establecido desde el renacimiento, e insistían en el criterio de que en nuestros cálculos de necesidades sociales debíamos proceder no desde arriba —el Estado o la corporación industrial—, sino desde el nivel en el que las personas se juntan en relaciones directas personales y laborales, el nivel al cual las necesidades humanas pudiesen ser tratadas de un modo más realista y debiesen ser determinadas directamente.

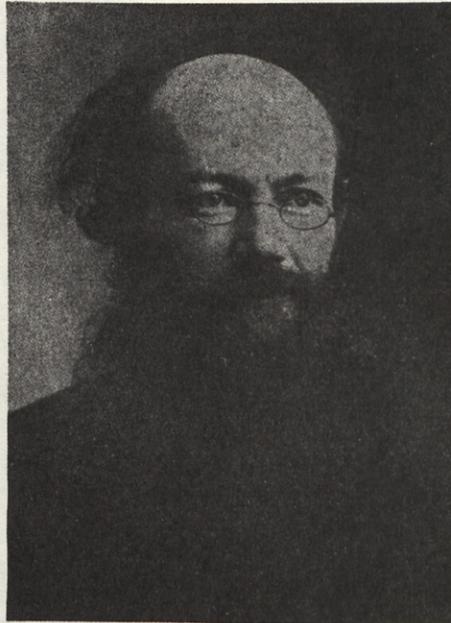
De hecho, al desarrollar el comunismo anarquista, lo único que estaba haciendo Kropotkin era perfeccionar tendencias que estuvieron siempre aten-

tes en el anarquismo, desde que William Godwin escribió la primera gran exposición de la doctrina —*La Justicia Política*— en la década de 1790. Godwin llamó a las unidades pequeñas parroquias; Proudhon y Bakunin se interesaron más por talleres y comunas autogobernadas; todos ellos subrayaron la necesidad de basar la organización social en leyes naturales, y Kropotkin reforzó este concepto en su *Ayuda Mutua* (publicada en 1902 después de que el original hubiese aparecido como una serie de ensayos en *The Nineteenth Century*). Ahí relacionaba las responsabilidades sociales, que él hallaba características de los hombres cuando no estaban perturbados por instituciones coercitivas, con la socialidad que encontró tan ampliamente extendida entre los animales. Kropotkin escribió *El Apoyo Mutuo* como forma de reacción contra la doctrina neodarwinista de moda que describía la naturaleza en la desafortunada expresión de Tenison, como *fiera con dientes y garras afilados*, y juzgaban que la lucha por la existencia era necesariamente una lucha entre individuos y especies. Como geógrafo de campo de considerable experiencia en Asia oriental, Kropotkin averiguó que una serie de naturalistas de campo estaban de acuerdo con él

en rechazar este punto de vista esencialmente competitivo de la evolución, y en realidad fue con el estímulo de H. W. Bates, autor del clásico *Un Naturalista en el Río Amazonas* y un íntimo colaborador de Darwin, que él adelantó su argumentación de que la lucha por la existencia era en verdad la lucha contra circunstancias adversas antes que dentro de las especies, y que una de las fuerzas más poderosas en la evolución y en el mantenimiento del equilibrio del mundo de la naturaleza estribaba de hecho en la cooperación. Dado que se hallaba principalmente interesado en lo que sucedía dentro de las especies, Kropotkin no delineó explícitamente la compleja pauta de dependencias mutuas que el ecólogo moderno contempla cuando observa las relaciones dentro del mundo natural, mas la existencia de esa pauta estaba ciertamente implícita, especialmente en la medida en que Kropotkin trató de demostrar que la ley del apoyo mutuo era universal en su aplicación, abrazando dentro del mismo continuum natural tanto al hombre como a todos los animales, y fundamentando su propio desarrollo como ser social sobre el mismo principio que el que aseguraba la supervivencia de otras especies desde los insectos hasta, ascendiendo, los mamíferos superiores.

Así pues, dado que fueron conscientes del grado en que una vida sana en términos biológicos dependía del apoyo mutuo en cada nivel, y vieron con claridad las analogías entre las sociedades animal y humana, apenas hay duda de que los anarquistas clásicos se hubieran hallado —como se hallan actualmente sus sucesores— profundamente inmersos en las inquietudes de los ecólogos modernos. La contribución particular de Kropotkin —aparte de la contribución teórica de *El Apoyo Mutuo*— consistió en vincular al anarquismo, a través de proposiciones concretas para la reforma industrial y agraria en libros como *Campos, Talleres y Fábricas*, al movimiento para conservar el medio ambiente en pro de un modo más holgado de existencia, un movimiento que ha llegado a la madurez únicamente en décadas recientes bajo la presión de un desorden ecológico ascendente y una rápida disminución de recursos de combustible y materias primas.

El anarquismo, que ha existido durante más de un siglo como movimien-



Piotr Alexeyevich Kropotkin (1842-1921)

*Siendo oficial del ejército en Siberia realizó importantes investigaciones geográficas y antropológicas. En el terreno de la sociedad, concluyó que la acción del estado era ineficaz, mientras la ayuda mutua era de gran importancia para la lucha por la existencia. Consiguió gran reputación como científico, y a los treinta años se enfrentó con la decisión de seguir su carrera o sus inclinaciones políticas, renunciando a la primera y adheriéndose a la Internacional. Aparte de su Campos, fábricas y talleres, deben mencionarse La conquista del pan y La ayuda mutua.*

to político perfectamente identificable, y que en su forma teórica data de la publicación de *La Justicia Política* de Godwin hace ciento ochenta años, ha adoptado muchas formas durante su historia, ya que al contrario que el marxismo, nunca desarrolló un cuerpo de doctrina ortodoxa o una estructura organizacional cerrada; tanto una como otra hubiesen negado su acento sobre la espontaneidad como una manifestación de la libertad.

Algunas de las formas que adoptó generaron una publicidad sensacionalista y levantaron contra él una hostilidad extrema; hubo épocas, por ejemplo, en que anarquistas fanáticos —al igual que los fanáticos de otros movimientos— recurrieron al asesinato de gobernadores y a otros actos terroristas. Sin embargo, esos anarquistas extremistas fueron siempre una pequeña minoría, y hubo otros, como Tolstoi, que pensaban que el rechazo anarquista de la coerción suponía automáticamente un rechazo de la violencia; Ghandi se autotitulaba anarquista de este tipo.

De más trascendencia tal vez fueron las diferencias en los criterios anarquistas acerca de cómo tendría que ser organizada la sociedad económica y políticamente y cómo podría efectuarse el cambio desde una sociedad no libre.

#### Organización a partir de bases rurales

Esencial a todas las doctrinas anarquistas era la creencia de que si el hombre no era naturalmente bueno, era al menos naturalmente social, y que el gobierno coercitivo destruía esta socialidad natural. Todos los anarquistas han llegado asimismo a la conclusión que las organizaciones masivas centralizadas de cualquier tipo llevan en sí mismas los peligros de coerción, y en consecuencia han vinculado invariablemente el principio voluntario a la descentralización social, económica y política. La organización, argüían, debiera comenzar al nivel de bases rurales, de forma que la gente en pequeños grupos y localidades limitadas puede controlar todo lo que les afecta inmediatamente y que a nadie más concierne. En el momento que concurren intereses más amplios, los anarquistas eran partidarios no de una coordinación impuesta desde arriba, por algu-

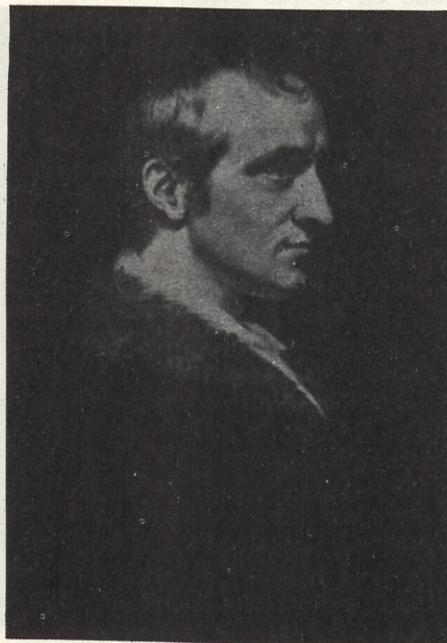
na autoridad remota y prepotente, sino la aplicación de lo que denominaron *principio federal*. Mediante el mismo querían indicar que los asuntos comunes de una ciudad deberían ser gestionados por una federación de calles y barrios, que enviarán delegados a las sesiones ciudadanas, con propuestas partidas de los barrios, y que la sociedad debería ser federada y así sucesivamente, pero siempre con el poder de decisión subiendo hacia arriba desde el nivel inferior, en lugar de ir desgranándose hacia abajo desde un poder central.

La importancia de tal enfoque de organización social para los intereses de los ecólogos será palpable, ya que la potencialidad del desastre medioambiental es siempre reconocible primero al nivel local. Ciertamente es más posible que las administraciones centralizadas pasen por alto signos de peligro medio-ambiental en interés del llamado bienestar nacional o incluso de intereses de empresas abiertamente admitidos.

Paralelo al constante énfasis anarquista sobre la descentralización, uno puede subrayar otra actitud —pues difícilmente se puede clasificar como algo tan definido para ser una teoría— que liga a los anarquistas a los modernos ecólogos. Se trata de una inclinación hacia la simplificación en lugar de la progresiva complicación de las formas de vida.

En teoría, los primeros anarquistas realmente se inclinaban a compartir con los socialistas del siglo XIX la creencia de que si los recursos del mundo fueran empleados adecuadamente no había ningún límite a la abundancia física que los individuos humanos pudieran disfrutar; esa presunción por parte de Godwin fue la que empujó a Malthus a sus conocidos argumentos sobre los límites de los recursos naturales y su posible efecto sobre el progreso y la población. Comoquiera que el mundo del siglo XIX estaba todavía —en cifras actuales— escasamente poblado, y dado que la expansión de recursos disponibles a lo largo del siglo excedió a la capacidad de consumo y al estado del desarrollo tecnológico de entonces, las advertencias de Malthus fueron desatendidas por los anarquistas, igual que lo fueron por la mayor parte de los hombres antes de la década de 1960.

En los anarquistas existía además un factor de compensación. Por tempera-



William Godwin (1756-1836)

*Filósofo político «acusadamente pacifista y absolutamente racionalista» que llevó su doctrina hasta el extremo de preconizar una radical alteración de las relaciones humanas. Su obra principal, Investigación sobre la justicia política, fuertemente influida por Helvecio, desarrolla el pensamiento de la escuela prerrevolucionaria.*

mento propendían siempre a favorecer un modesto e incluso un austero modo de vida. Las razones de esta inclinación eran complejas. Existía un cierto puritanismo básico en el criterio anarquista; tendían a considerar a los ricos tanto como víctimas a compadecer o como a malvados a condenar, una dualidad de concepción no extraña entre los fundamentalistas religiosos respecto a los cuales los anarquistas han sido siempre el más cercano contra punto secular. Al mismo tiempo, los anarquistas no sólo estimaban que la vida humana debía ser lo más espontánea y natural posible —y por ende tan desembarazada de vínculos materiales—, sino también que la meta de la opulencia incorporaba los riesgos de la centralización económica, y por tanto de la autoridad política.

Por estas razones, pensadores anarquistas tan lejanos en el tiempo como Proudhon a mediados del siglo XIX y Paul Goodman a mediados del XX, defendieron la meta que Goodman llamaba *una pobreza digna*, la simplificación de vida que conduciría a una simplificación de la organización social y económica. Los anarquistas, al igual que los socialistas libertarios íntimamente asociados a ellos, como Tolstoi y William Morris, se preocuparon profundamente de los efectos deshumanizadores de la tecnología maquinista y, aun cuando ni Tolstoi ni William Morris rechazaron absolutamente el uso de máquinas cuando se suscitaba la cuestión de eliminar cualquier forma degradante de trabajo servil, tanto ellos como sus seguidores tenían su vista puesta en un futuro en el cual retornasen las artes manuales, y que la destrucción humana y medioambiental causada por la revolución industrial finalizase.

En la India, donde en la época del Protectorado británico no sólo subsistía una sociedad de aldeas sino que abarcaba a la gran mayoría de la población, Ghandi, que estaba influenciado en gran manera por anarquistas occidentales como Tolstoi, Kropotkin y Thoreau, trató de crear una sociedad basada en la aldea como una economía fundamentada en oficios manuales y un modo sencillo y ascético de vida. No solamente en Asia fue adaptado el anarquismo: en España, durante los primeros meses de la guerra civil en 1936, muchos pueblos de Andalucía, donde el anarquismo tenía muchos partidarios entre los campesinos, expulsa-

ron a los propietarios, comunalizaron la tierra y comenzaron después a establecer economías locales en las que buscaban simplificar sus necesidades con vistas a la autonomía del pueblo. Pero, como han señalado los observadores, sus fines daban la impresión de ser tanto morales como político-económicos; acogieron la inconveniencia de lujos tales como el alcohol e incluso el café, entendiendo que sus vidas habían sido no simplemente liberadas sino también purificadas.

El aspecto fundamental de esta tendencia no es el puritanismo latente que hay oculto en el temperamento anarquista, sino antes bien el que, los únicos entre las organizaciones de la izquierda, los anarquistas —contrariamente a los liberales, socialistas y comunistas, así como los diversos movimientos nacionalistas— no se entregaron al objetivo de un progreso material constante, a la filosofía del crecimiento económico. Querían considerar que la buena vida, la vida libre, puede que fuera no simplemente posible, sino más alcanzable y defendible en el contexto de una aproximación más selectiva que no presuponía que la opulencia fuera un bien necesario. Hasta de buen grado aceptaban lo que en los convencionales términos liberales o socialistas sería contemplado como regresión con tal de que ello aportase beneficios de un tipo menos material. Esta inclinación, debe observarse, tenía lugar entre los anarquistas en la misma época en que repudiaban o ignoraban las tesis de Malthus acerca de la relación entre la presión de población y las limitaciones de los recursos naturales.

#### **Nacimiento del anarcosindicalismo**

Como movimiento histórico el anarquismo no es que fracasara en demostrar la validez de su esquema de una sociedad libertaria descentralizada. Nunca, en un sentido amplio, tuvo la oportunidad de hacerlo. Debido a su desconfianza hacia el exceso de organización, los anarquistas tardaron en adaptarse a las tendencias económicas dominantes del siglo XIX. Proudhon intentó perpetuar lo más posible una sociedad de campesinos y artesanos independientes, cuyas tierras y talleres conservarían como *posesiones* de por vida y que intercambiarían sus



*Pierre Joseph Proudhon (1809-1865)*

*Lider revolucionario ligado a políticas radicales. En contacto con los marxistas rechazó pronto sus doctrinas y buscó un camino intermedio entre las teorías socialistas y la economía política clásica. Entre sus obras se encuentran: ¿Qué es la propiedad?, Confesiones de un revolucionario y El principio federativo y la necesidad de reconstruir el partido revolucionario.*

productos mediante un sistema de valores de trabajo. Sólo a desgana admitió que el desarrollo de fábricas y ferrocarriles requerían asociaciones de trabajadores para poner en marcha mayores unidades de producción y comunicación. Incluso cuando teóricos posteriores, como Bakunin y Kropotkin, desarrollaron modelos anarquistas para la propiedad colectiva de los medios de producción y distribución (sobre la base del slogan clásico *De cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades*), el individualismo y localismo de los anarquistas se reflejaron tanto en sus criterios de la organización política —ellos se aferraban fuertemente a la idea de la *comuna*, que correspondía al barrio urbano y a la aldea, como soberana, tanto en plano político como en el económico— y en su idea de la táctica revolucionaria, basada en el método de la acción individual por los militantes —la llamada *propaganda por los hechos*— que se confiaba que mediante el ejemplo induciría a las capas populares a levantarse en insurrección espontánea, destruir el mal y la estructura opresiva del estado, y en su lugar crear las unidades naturales de una sociedad cooperativa libre.

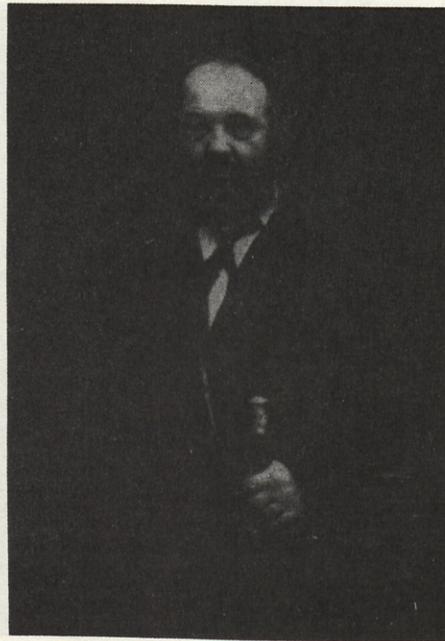
Esta era una visión esencialmente romántica, y aunque los anarquistas fueron lo suficientemente poderosos como para desafiar a los marxistas en la Primera Internacional durante la década de 1870, y a establecer fuertes núcleos de seguidores en los países latinos y eslavos, fueron incapaces de crear movimientos estables de masas, mayormente porque su localismo penetraba incluso a la organización de su movimiento tras la escisión de la Primera Internacional en las facciones anarquistas y marxista, ambas se desvanecieron rápidamente, no se creó ninguna organización internacional anarquista, si bien existió un intenso contacto a lo ancho del mundo alimentado por el deambular de personalidades constantemente exiliadas como Kropotkin, Errico Malatesta y Emma Goldman. Incluso nacionalmente sólo en unos países como España e Italia las federaciones anarquistas mostraron una modesta perdurabilidad.

El repetido fracaso de las insurrecciones anarquistas en España e Italia durante las décadas de 1870 a 1880, y la hostilidad surgida a causa de la ola consiguiente de terrorismo individual, había reducido el movimiento anarquis-

ta hacia 1890 a un resto de consagra- dos militantes y escritores y pintores simbolistas; esto en realidad parecía poco más que una de las múltiples formas de fantasía excéntrica que la caprichosa moda de fin de siglo manifestó ella misma. (Aun cuando entonces hubo anarquistas que en escuelas progresivas y comunidades agrarias y en diversos campos de experimentación artística pusieron en marcha manifestaciones más constructivas de la visión anarquista.)

Sin embargo, en realidad, en esta misma época, el anarquismo se hallaba en vísperas de uno de los grandes resurgimientos que han caracterizado su historia. Durante los últimos años de la década de 1880 el régimen de reacción que había seguido en Francia a la derrota de la Comuna de París de 1870-1871 (en la que desempeñaron un activo papel muchos anarquistas, entre ellos el pintor Gustavo Courbet) se suavizó, y fueron permitidos no sólo los partidos políticos de izquierda sino también organizaciones sindicales. Dado que consideraban como una entrega de la libertad la delegación de la responsabilidad individual para elegir un representante parlamentario, los anarquistas no se preocuparon nada por adherirse o constituir partidos políticos, cuyo fin era conseguir el poder a través de elecciones o incluso de golpes de estado. Para ellos —y la historia parece haberles dado la razón— el poder era tan corruptor en manos de un partido de militantes de izquierda como en manos de un partido de reaccionarios de derecha. Pero los sindicatos eran otra cosa, puesto que mantenían un vínculo directo con el proceso elemental del trabajo. Los obreros anarquistas entraron en gran número en los sindicatos franceses, se situaron ellos mismos en posiciones clave, y conforme a su experiencia desarrollaron la única clase de anarquismo que atrajo a una masa de seguidores relativamente estable.

Esto era el anarco-sindicalismo, o sindicalismo revolucionario. La teoría básica del anarcosindicalismo consistía en que el sindicato, con tal de que se mantuviese en manos de los trabajadores y en ningún momento generase una burocracia de funcionarios sindicales permanentes, era el instrumento ideal para alcanzar una sociedad libre, dado que la industria era el auténtico corazón de todo estado, y que la posibilidad que tenían para quitar su fuer-



*Mijail Alexandrovich Bakunin (1814-1876)*

*No tenía ninguna confianza en la política parlamentaria y afirmaba, con Proudhon, que el sufragio universal era contrarrevolucionario. Creía en la organización de masas, en el colectivismo, y, sobre todo, era adversario del estado. Afirmaba que éste sería sustituido por una federación libre de asociaciones autónomas.*

za de trabajo capacitaria a los trabajadores para detener el latido de ese corazón. No tenían más que declarar la huelga general —la *huelga de brazos caídos*, como la llamaban los militantes franceses— para machacar y parar el estado, y después sería bien sencillo para los trabajadores apoderarse de las fábricas a través de los sindicatos y colocar sus productos a disposición de la sociedad.

Sindicalistas teóricos como Georges Sorel, autor de *Reflexiones sobre la violencia*, enfocaron la huelga general como un mito necesario para conservar la militancia de los trabajadores y con ella la vitalidad de la sociedad en general. Empero, los anarquistas que militaban en los sindicatos tomaron la idea en sentido literal, y lo mismo hicieron aquellos anarquistas, principalmente Malatesta, que permanecían ligados a las doctrinas espontaneístas y localistas del anarcocomunismo, y que temían que el dominio del movimiento por los sindicatos conduciría a la creación de grupos de interés monolítico que dominarían la sociedad económicamente, si no políticamente.

En cualquier caso, fue a través de organizaciones anarcosindicalistas que, en los primeros años del siglo veinte y especialmente en Francia, España, Italia y América Latina, el anarquismo llegó a ser un poderoso movimiento de masas y, una vez más, rival del marxismo. Hasta después de la Segunda Guerra Mundial la fuerte central sindical francesa, la CGT, estuvo dominada por los anarquistas e igualmente, hasta el triunfo de Franco en 1939, la CNT en España, que contaba con unos dos millones de miembros, fue la organización más masiva de todos los tiempos que ha reconocido ser anarquista. Pero no es que los anarquistas fueran simplemente más numerosos que en ningún otro sitio; fue asimismo en España donde los anarquistas pudieron demostrar, en las primeras fases de la Guerra Civil, de 1936 a 1939, que las tesis anarquistas de control directo por los obreros de la industria, podían realmente funcionar en la práctica, ya que las factorías y transportes de Barcelona, lo mismo que muchas fincas agrícolas de Andalucía y Valencia, fueron tomados por los trabajadores bajo la guía de los anarquistas militantes y —tal como testimoniaron observadores imparciales— fueron gestionadas muy satisfactoriamente.

Sin embargo, aquellos primeros meses de la Guerra Civil española representaron el canto del cisne del anarquismo histórico. Ya en ese momento los importantes movimientos en Rusia e Italia habían sido aplastados por los bolcheviques y fascistas respectivamente, el primero tras una espectacular resistencia por parte de los guerrilleros anarquistas de Ucrania encabezados por Néstor Majno. El triunfo de la revolución rusa de octubre de 1917 y la creación del Comintern debilitó al anarquismo internacionalmente, y en especial en Francia, donde los comunistas se apoderaron de la CGT, y todavía la controlan. Es España, aun antes de que finalizase la Guerra Civil, la posición anarquista había sido socavada por sus rivales comunistas, y el ánimo de la CNT fue debilitado hasta tal punto que las tropas de Franco ocuparon sin resistencia Barcelona, que en otro tiempo había sido la Meca anarquista. El anarquismo pasó a ser, en 1939, el fantasma de un gran movimiento, sostenido por unos pocos refugiados en México, Suecia y los países de habla inglesa y, lo cual es bastante sorprendente, por poetas y artistas ingleses y americanos.

#### La idea anarquista

Cuando escribí *El Anarquismo* en 1960-1961, el movimiento parecía encontrarse en su nadir, pero incluso entonces hice notar la extraordinaria resiliencia de la idea anarquista, la cual, debido a la propia ausencia de todo aquello que se asemeje a un partido monolítico o la ortodoxia de una doctrina, era capaz de revivir de diferentes formas en diversas épocas de la historia. Había aparecido ya como el cristianismo disidente de Winstaley en el siglo XVII, como una forma de vida a alcanzar mediante el discernimiento racional en la visión de Godwin, como una doctrina de salvación para campesinos y artesanos en el mutualismo de Proudhon, como el revolucionismo romántico de Bakunin y Malatesta y el comunismo de Tolstoi y Gandhi, y como la organización práctica de control obrero por los sindicalistas. Cada forma había contribuido en su época y en su propia peculiaridad. Y en ese sentido, en la primera edición de *Anarchism* (1962), subrayé que, si bien el movimiento histórico

que Bakunin había fundado y que alcanzó su apogeo en España estaba indudablemente muerto, la idea anarquista aún estaba verdaderamente muy viva y podía fácilmente aparecer en formas nuevas.

Como he dejado patente en el nuevo epílogo a la más reciente edición de *Anarchism* (1974), esto es lo que ha sucedido en realidad. Durante los años cuarenta y cincuenta, el anarquismo fue mantenido vivo más que nada por escritores libertarios, notablemente, en Inglaterra, Alex Comfort y Herbert Read, cuya *Education Through Art*, desarrolla la teoría de una forma anarquista de educación mediante el cultivo de las sensibilidades. En los años sesenta las ideas anarquistas comenzaron a extenderse otra vez más como resultado de las agitaciones de la Campaña para el Desarme Nuclear y el Comité de los 100 en Inglaterra y de las campañas de los derechos civiles en los Estados Unidos. Aparecía un anarquismo renovado, atrayente para los jóvenes por su insistencia en ideas tales como democracia de participación, control obrero y descentralización, todas las cuales golpearon el *establishment* monolítico que la nueva generación de radicales consideraba como el enemigo principal.

Lo que ha ocurrido difiere por completo del pasado, y por supuesto se relaciona con la mutabilidad de la tradición anarquista. La clase de movimiento masivo a cuya cabeza Bakunin desafió a Marx en la Primera Internacional, y el cual llegó a su cenit en la CNT española, no ha reaparecido. Lo que ha tenido lugar es una amplia difusión de las ideas anarquistas, mayormente a través de la publicación de nuevos estudios e historias del anarquismo y la reedición de viejos textos no impresos durante mucho tiempo, una difusión que ha influido en la Nueva Izquierda, el movimiento estudiantil, el movimiento ecológico, y otras tendencias similares de la época. Salvo unos pocos militantes perseverantes, los anarquistas ya no tienden a ver el futuro en términos de insurrección incendiaria que destruya el estado y todo el *establishment* de poder y que desemboque inmediatamente en la sociedad libre. Ello se ve ahora principalmente como el mito del movimiento, el punto en el horizonte que da dirección a la acción actual. En vez de prepararse para una revolución apocalíptica, los anarquistas contempo-

ráneos tienden a dedicarse más bien a crear, en la sociedad tal como es, la infraestructura de una sociedad mejor y más libre. En comunas, en escuelas libres, en movimientos entre los no privilegiados para conseguir el control sobre su propio destino, en iniciativas de barrios que desafían la autoridad y propician la descentralización, en luchas por un mayor control obrero y por una democracia sindical, y frecuentemente en apoyo activo de movimientos ecológicos como un medio de frustrar la amenaza del poder de las empresas frente al hombre y su medio ambiente, quizás se muevan más firmemente y con menos riesgos hacia la transformación real de la sociedad que sus predecesores, los cuales al tener esperanzas extremas y pretensiones absolutas aseguraron su propia derrota.

Puede que nosotros nunca veamos la sociedad libre en la que los anarquistas soñaron, pero si logramos un mundo más sano, limpio y libre que el que ahora habitamos, la idea anarquista habrá contribuido a él, sobre todo al desarrollar las teorías de una sociedad descentralizada y orgánicamente integrada que, más que ningún otro, Kropotkin expusiera en *Campos, Talleres y Fábricas*, el libro que Tolstoi, Ghandi y Mumford, todos ellos, leyeron como obra elemental.

